

de una vida ya inmolada por el ardor del arrepentimiento; en donde el alma, desechando los restos de su mortalidad, se lanzó viva y alegremente hacia Dios que la esperaba, ¡oh! semejante lecho es un altar, adonde se acerca uno con respeto, y se retira recogido y lleno de emoción, no habiendo nada que diga al alma con más elocuencia cómo es preciso vivir y cómo se debe morir.



CAPITULO XXXV

Canonización de la santa Madre de Chantal.

EL cuerpo de la Madre de Chantal llegó á la ciudad de Annecy el 30 de Diciembre de 1641. Desde Moulins á Lyon, los encargados de la conducción del fúnebre convoy por la Duquesa de Montmorency, habían ejecutado fielmente sus órdenes, y viajado rápida y secretamente. Sobre todo, pasaron por Lyon apresuradamente y de noche, de suerte que los dos monasterios de esta ciudad ni aun sospecharon que el cuerpo de su santa Fundadora pasaba por delante de su puerta. Pero al salir de Lyon, y ya en camino para Soboya, las personas á quienes la Dupuesa había encargado este tesoro creyeron que ya no había peligro, y andando más despacio y con menos discreción, dejaron traslucir su secreto. Desde aquel momento, el viaje fué un verdadero triunfo. En Montluel, el pueblo acudió en tropel á la iglesia de la Visitación, y las Hermanas pasaron la noche en oración alrededor de aquella querida caja. En Belley, el Illmo. Sr. Camús salió de la ciudad vestido de Pontifical, acompañado de su clero, precedido de la música, seguido de un gentío inmenso que llevaba luces y fué á esperar en el camino las santas reliquias de la venerable Madre. En Lambert, Seissel y Rumilly se aumentó el gentío. En todas partes tocaban las campanas, y las iglesias se cubrían de luto; las ciu-

dades y las aldeas enteras salían deseosas de saludar por última vez á la santa Fundadora.

Pero en ninguna parte era tanto el gentío, ni se veía al pueblo tan conmovido como en Annecy. El cuerpo fué solemnemente llevado al primer monasterio de la Visitación, y abierto el ataúd para satisfacer la impaciente y piadosa curiosidad del pueblo. Un milagro brillante manifestó aquel mismo día la santidad de la Madre de Chantal. Entre la gente que se acercaba á besarle los pies, se acercó un joven libertino, entregado públicamente á vergonzosas pasiones; pero en el momento en que sus labios iban á tocarla, retiró la Santa sus pies. Todo el pueblo lo vió y dió un grito de alegría (1).

Después que se dejó expuesto al público por algunos días, para satisfacer la devoción de los fieles, el santo cuerpo, que no podía ser sepultado en la iglesia á causa de las reparaciones que en ella se hacían entonces, fué depositado en el coro interior del monasterio, y poco después y por la misma causa se trasladó á la sacristía, en donde estuvo cerca de un año (2). «Fué cosa muy notable—escribe la Madre de Chaugy—que en el momento en que el cuerpo entró en el monasterio, nuestros pobres corazones, que desde la noticia de su muerte habían estado tan oprimidos que no podíamos ver enjutos nuestros ojos, se sintieron llenos de una alegría interior y de una seguridad espiritual tan grande de la gloria de esta santa alma que nos volvía su cuerpo, que cesaron nuestras lágrimas, y no sabíamos decir más que estas palabras: ¡Oh, y cuán elevada está en el cielo; y qué felices somos teniendo tan gran abogada delante de Dios!» (3).

(1) *Proceso de Beatificación*, t. II, pág. 309.

(2) Extracto de los registros del archivo del obispado de Ginebra. *Inhumación y sepultura de la Rda. Madre Hermana Juana Francisca Fremiot de Chantal, primera religiosa y fundadora de la Orden de la Visitación de Santa María.*

(3) *Memorias*, pág. 294.

La célebre visión de San Vicente de Paúl, escrita por el mismo santo sacerdote con las más vivas expresiones de veneración á la Madre de Chantal, corrió rápidamente por todos los monasterios, y contribuyó también á enjugar todas las lágrimas. Lo mismo sucedió con otra visión que el Ilmo. Sr. de Maupas cuenta del modo siguiente: «Después de la muerte de la Madre de Chantal, un alma de mucha virtud la vió en su forma y hábito ordinario, de rodillas, con el rostro resplandeciente, los brazos cruzados sobre el pecho, un Crucifijo en medio, ladeado un poco hacia el corazón; el cuerpo inclinado y los ojos levantados al cielo, en donde iba á entrar: preguntábase esta persona á sí misma quién llevaba y sostenía así de rodillas á la Madre de Chantal, y le fué respondido que su amor y su deseo (1).»

Así, cuando concluyó el año, la Madre de Blonay, en el oficio solemne que hizo celebrar por la santa Fundadora, no quiso que se hiciese nada que pareciese luto y funeral; hizo colgar la iglesia de blanco, la adornó con flores, y rogó al Ilmo. Sr. Carlos Augusto de Sales hiciese el panegirico de las virtudes de la bienaventurada, lo que verificó con una elocuencia y energía incomparables (2). Durante este tiempo se concluyeron las reparaciones de la iglesia y se preparó el sepulcro, estando, por último, todo dispuesto, después de siete años de espera, para hacer la traslación solemne. El 11 de Noviembre de 1648, el Ilmo. Sr. Carlos Augusto de Sales, ya Obispo de Annecy, entró en el monasterio para reconocer el precioso depósito, que le enseñaron la Madre de Chaugy, Superiora, y la Madre de Blonay, depuesta, y que llevaron luego procesionalmente á la iglesia, y colocaron en la capilla de Santa

(1) *Vida de la venerable Madre de Chantal*, pág. 426.

(2) *Vida de la Madre de Blonay*, cap. XV.

Lucía, acompañados de un inmenso gentío (1). El sepulcro era de mármol, y no se le puso ninguna inscripción: sólo se le adornó con esculturas que representaban á la venerable Madre tendida en el lecho mortuario y rodeada de sus religiosas (2).

Muchas personas que miraban con razón á la Madre de Chantal como la piedra angular de la Visitación, se habían forjado la ilusión de que este Instituto, que no tenía ningún lazo, y que no subsistía—decían—sino unido por el inmenso ascendiente de la Santa, se desharía después de su muerte. Esto se vaticinaba en voz alta; pero se engañaban, y muy pronto se vió claramente que el espíritu de la venerable Fundadora sobrevivía y habitaba en todas sus Hijas. En efecto, apenas cerró los ojos cuando todos los monasterios, por un movimiento unánime y no acordado de antemano, enviaron mensajeros al monasterio de Annecy para renovar y reanudar su unión con él, declarando le mirarían siempre como el santo origen de donde habían salido, y en cuyo centro debían reunirse, como lugar donde residía, con el cuerpo de los santos fundadores, la plenitud de su espíritu: promesa solemne que subsiste hace tres siglos sin haberla quebrantado jamás.

Y al mismo tiempo que la vida interior de la Orden no disminuía, no cesaba de crecer exteriormente. La venerable Madre de Chantal había dejado ochenta y seis monasterios, y cada año se veían nacer otros nuevos. Al terminar el siglo XVII se había aumentado aquel número hasta ciento cuarenta y seis. Existían monasterios de la Visitación no solamente en Francia, Suiza, Saboya, Piamonte, Lorena é Italia, como en tiempo de la Santa, sino también en Sicilia y en los Países Bajos, en Baviera y en Austria, y hasta en Polonia. En vano

(1) *Extracto de los registros del Archivo.*

(2) *Circular de la Madre Favre de Charmette.*

el siglo XVIII, entibiando las almas y multiplicando las preocupaciones, impidió el desarrollo de casi todas las Ordenes religiosas, porque no pudo impedir el aumento de la Visitación. Se la vió extenderse por España, Portugal é Inglaterra, penetrar hasta en Rusia, pasar en seguida al Asia, establecerse en el monte Líbano, y lanzándose á la América, florecer en paz en las más notables ciudades de los Estados Unidos.

La gloria de la Madre de Chantal se propagaba con su Instituto. Cada año atestiguaban nuevos milagros su valimiento para con Dios. Las curaciones más brillantes se habían alcanzado por su intercesión en Rumilly, Thonon, Mamers, Annecy, Semur, Nevers, Pignerol, Saint-Amour, Orleans, la Roche y Roma (1). Desgraciadamente, en ninguna parte se recogían estos hechos de un modo auténtico; en ninguna parte los Obispos de las diócesis donde la Madre de Chantal había vivido, y que estaban llenas de su gloria, pensaban en hacer procesos verbales, ni en empezar interrogatorios que pudiesen servir un día para su canonización. Ya se habían pasado cuarenta años desde que había muerto, y habían ido falleciendo una á una todas las personas que la habían conocido más íntimamente y que hubieran podido dar los informes más preciosos acerca de sus virtudes. La que con tanto celo había hecho empezar inmediatamente el proceso de beatificación del santo Obispo de Ginebra, no había encontrado nadie que se ocupase en el suyo. El siglo XVII se concluía, y se hubiera dicho que la Visitación, sin haber olvidado á su santa Fundadora, no tenía afán por su gloria, ni interés alguno en ver sus restos sagrados sobre los altares.

Y sin embargo, no era así. No solamente en los monasterios de la Visitación, donde se la proclamaba Santa y se la honraba tiernamente, aunque en secreto; no

(1) *Historia de la santa Madre de Chantal, por el P. Beaufils.*

solamente en Annecy, en donde los peregrinos acudían en tropel á su sepulcro, sino en todas partes, en Francia, en Italia y en Saboya se suspiraba por que llegase el día en que le pudieran dedicar altares. ¿Qué era, pues, lo que impedía el dar principio á su proceso de canonización, sobre todo con los continuos milagros y con una fama de santidad tan universal y sólidamente establecida?

Un error singular, que se había extendido hacía poco entre los teólogos y canonistas, era la única causa de esta aparente frialdad. En 1634, siete años antes de la muerte de la Madre de Chantal, el Papa Urbano VIII había publicado un decreto relativo á la beatificación de los Santos, que fué mal comprendido. Este Pontífice, celoso de la gloria de los Santos, se sintió inspirado para tomar las más severas precauciones, con el fin de ponerla al abrigo de toda discusión, y había mandado, por una parte, que el pueblo no tuviese la libertad de prevenir el juicio de la Iglesia, rindiendo culto público á las personas que aún no estaban beatificadas, y por otra, que la Congregación de Ritos no entablase ningún proceso referente á las virtudes y milagros de las personas muertas en olor de santidad, á menos que no hubiesen pasado cincuenta años después de su muerte. Esta sabia prohibición hecha á la Congregación de Ritos, se creyó equivocadamente que se extendía á los Obispos, y que también se les prohibía proceder á ninguna información, como asimismo á interrogatorio alguno, antes de pasados los cincuenta años. Esto era un error; porque ¿quién no ve, que si para principiar las informaciones jurídicas se esperase á que hubiese pasado tan largo espacio de tiempo no vivría ya casi ningún testigo ocular que pudiera declarar sobre las virtudes de los siervos de Dios, y desapareciendo así las principales pruebas, los procesos de canonización llegarían á ser imposibles? Esto se conocía, ciertamente; pero como se creía que el decreto del Papa Urba-

no VIII era obligatorio, se obedecía con sentimiento, pero, al fin, se obedecía, y los procesos de canonización de muchos siervos de Dios estaban detenidos.

Este era el motivo que detenía á los más piadosos y celosos por la gloria de la Madre de Chantal; así que, en cuanto pasaron los cincuenta años, se vió á todos los monasterios de la Visitación empezar á suplicar, escribir á todas partes y dar pasos para procurar á su venerable Fundadora el honor de los altares. Pero, sin embargo, hasta el año de 1715 no se abrieron en Annecy, bajo la dirección del Sr. Obispo de Ginebra, las informaciones jurídicas. Los Comisarios fueron á Dijón, á Autun y á Bourbilly; y después de haber recorrido la Borgoña, conducidos y liberalmente tratados por el Conde Toulangeon, nieto de la Santa, que quiso sufragar los gastos de este viaje, fueron á Moulins, á Bourges, á París y á todos los lugares en que había vivido, á fin de recoger los recuerdos y testimonios de su virtud. Se vió al mismo tiempo á los personajes más distinguidos del mundo cristiano, hacer las más vivas instancias para alcanzar de la Santa Sede la canonización de la Madre de Chantal. En la preciosa y considerable colección de cartas escritas con este motivo al Soberano Pontífice, las hay de casi todos los soberanos de la Europa católica, de algunas Repúblicas, de muchos Cardenales, de un gran número de Obispos, Generales de Ordenes, Abades, Universidades, Parlamentos y Magistrados de las ciudades (1).

(1) Véase en Annecy la colección de copias de todas estas cartas. En Dijón hay una colección especial de las cartas dirigidas al Papa por las personas más distinguidas de Borgoña. Las hay del Príncipe Luis Enrique de Borbón, Príncipe de Condé, Gobernador de Borgoña, del Presidente del Parlamento, Señor de Berbisey, pariente de la Santa; del mismo Parlamento, del Tribunal mayor de Cuentas, de la Tesorería de Dijón, del Alcalde mayor y de los Regidores, del Ilmo. Sr. Zanet, Obispo de Langres; de los canónigos de la Santa Capilla, etc., etc. (*Archivos del monasterio de la Visitación de Dijón*, manuscrito en 8.º)

No solamente Francia y Saboya, sino también Italia, Alemania, Suiza, Polonia y la isla de Malta, se unían para cantar las alabanzas de la Madre de Chantal, y solicitar la dicha de verla sobre los altares.

Los procedimientos hechos por la autoridad de los Ordinarios se concluyeron en 1718, y fueron llevados á Roma en 1719. Pero apenas los postuladores de la causa la sometieron á la Sagrada Congregación de Ritos, se encontraron con una dificultad insuperable. Era uso, excepto el caso de un culto inmemorial rendido á un santo personaje, y exceptuándose también algunos otros casos muy raros, en los cuales no se encontraba la Madre de Chantal, que no se pudiese proceder á la canonización de un santo, sino sobre declaraciones de testigos oculares que atestiguasen sus virtudes ó su martirio. Por consiguiente, aquí, á consecuencia del error de que acabamos de hablar, no había testigos oculares. Los Comisarios apostólicos habían recorrido Saboya, Borgoña, Francia é Italia, y en todas partes encontraron á los hijos de los que habían conocido á la Santa; pero los contemporáneos habían desaparecido, excepto tres ó cuatro ancianos, cuyas declaraciones eran preciosas, pero insuficientes para servir de base á un proceso de canonización.

Esta dificultad, muy grave, á la cual no se encontraba solución, y algunas otras que á ésta se unieron, trajeron consigo mucha lentitud, y aun hicieron concebir los más vivos temores sobre el feliz éxito de la causa. Empezada en 1715, llevada á Roma en 1719, reanudada en 1722, interrumpida después hasta 1737, no adelantaba un paso. Se aproximaba el aniversario centésimo de la muerte de la Santa, y á pesar de las virtudes más heróicas y de la más brillante fama de santidad, á despecho de tantos milagros, la gran Santa, víctima en su tumba de un error de teólogos y canonistas, se vela privada de los honores del culto público por la inexora-

ble severidad de las leyes y de los usos de la Iglesia sobre la beatificación de los santos.

En medio de estos temores y de estas inquietudes, las religiosas de Annecy tuvieron, no obstante, una gran alegría, de la que participó muy pronto todo el Instituto. La continuación de las informaciones exigía la apertura del sepulcro de la Madre de Chantal y el reconocimiento de sus reliquias. Por lo tanto, el 1.º de Diciembre de 1722, el Ilmo. Sr. de Rosillón de Bernex, Obispo de Ginebra, acompañado de los Comisarios apostólicos, fué á la iglesia del primer monasterio de Annecy, y allí, en presencia de S. A. Serma. la Princesa Leonor Filipina de Hesse-Rhinfields-Rotembourg, hermana de S. A. R. la Princesa del Piamonte, estando todas las religiosas de pie detrás de su reja, hizo quitar el sello y levantar la piedra del sepulcro (1). Se encontró una caja de plomo encerrada en un ataúd de nogal, sobre el cual estaba escrito :

AQUÍ YACE EL CUERPO
DE NTRA. MUY RESPETABLE HERMANA JUANA FRANCISCA FREMIOT
FUNDADORA
DE LA ORDEN DE LAS HIJAS DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA
Y PRIMERA RELIGIOSA DE LA MISMA,
LA CUAL FALLECIÓ EN EL MONASTERIO DE MOULINS
EL TRECE DE DICIEMBRE DE MIL SEISCIENTOS CUARENTA Y UNO
Á LAS SIETE DE LA NOCHE, DÍA DE SANTA LUCÍA.

Por más pesado que fuese este precioso tesoro, las Hermanas no quisieron ceder á nadie el honor de llevarle, y ayudadas únicamente por su confesor, le pusieron sobre sus hombros y lo trasportaron á la sala de Capitulo.

(1) Los detalles siguientes están tomados de una circular dirigida á todo el Instituto el 2 de Enero de 1729, por la Madre Francisca Magdalena Favre de Charmette, Superiora del monasterio de la Visitación de Annecy.

Allí, el Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra hizo abrir el ataúd de plomo, y entonces—escribe la Madre de Favre de Charmette, «vimos á nuestra venerable Fundadora, vestida con nuestro santo hábito, un Crucifijo en el pecho y con el rosario al lado; su hábito parecía entero, con algunas manchas blancas causadas por la humedad de la bóveda, que está situada sobre uno de los canales del lago. Vimos sobre la cabeza de la venerable sierva de Dios un resto de corona, que no había perdido aún todo su color verde. Nada parecía descompuesto en su persona. Se la conocía por el cuadro original que tenemos. Un aire de majestad y santidad que se notaba en su rostro, atrajo toda nuestra veneración y respeto, y dábamos gracias interiormente por habernos hecho depositarias de tan precioso tesoro.

Debajo de las manos de la sierva de Dios, encontramos una cajita sellada en dos partes con el sello de la Visitación en lacre encarnado. Se abrió, y se encontraron unos papeles que debían de ser los que se citan en la vida de esta gran sierva de Dios, y de los que dice que había pedido la enterrasen con ellos. Estos papeles estaban tan usados que no fué posible leerlos.»

Luego que las Hermanas veneraron por largo rato á su santa Fundadora, las hizo retirar el Ilmo. Sr. Obispo, y acompañado de los Comisarios eclesiásticos y de peritos nombrados por él, procedió al reconocimiento canónico de las reliquias, é hizo se dispusiera todo para sepultarlas de nuevo, hasta el día en que la Iglesia permitiese colocarlas sobre los altares. Se hizo una caja nueva de plomo, forrada de tafetán blanco, que fué encerrada en otra de nogal, y se concedió á las religiosas el honor y consuelo de vestir con nuevos hábitos religiosos á su venerable Madre. La tela había sido hilada y teñida por todas las Hermanas, y cosidos todos los hábitos por las mismas, excepto el velo, que quiso coserlo por sí misma S. A. Serma. la Princesa.

Después de estar la Santa vestida de nuevo, con su cruz de plata al cuello pendiente de la cinta de lana, el Crucifijo en sus manos y una corona en su cabeza, permitió Su Ilustrísima quedase expuesta por algún tiempo á la veneración de las Hermanas.

Nuestra pluma no sabría pintar el recogimiento, la modestia, la alegría santa de las religiosas arrodilladas á los piés de su venerable Madre, pidiéndole «las sostuviese en la fidelidad á las santas instrucciones que les había dejado, en la pureza y firmeza de la fe, y en la perfecta sumisión á la Santa Sede.» Un solo pesar amargaba estas alegrías: que todas las Hermanas del Instituto no estuviesen allí, y que todas juntas no pudiesen, en lugar de volver á encerrar de nuevo bajo tierra aquellas reliquias sagradas, llevarlas en triunfo á los altares. A lo menos tenían la esperanza de que esto se realizaría, y con efecto, se realizó, aunque después de mucho tiempo; pero de todas las Hermanas que asistieron á la ceremonia que acabamos de describir, muy pocas vieron lucir el día que tan ardientemente deseaban.

El proceso de beatificación no adelantaba; los años se pasaban y aumentaban las antiguas dificultades, ocurriendo otras nuevas y disminuyendo las esperanzas. Sucedió por fin lo que se temía. Llegó el año de 1741, centésimo aniversario de la muerte de la Madre de Chantal, sin que las religiosas hubiesen tenido la felicidad de ver á su venerable Madre sobre los altares y sin que los fieles pudiesen manifestar en público los afectos de veneración, confianza y amor que abrigan hacia ella todos los corazones. Se decía, y por todas partes, que habiendo sido infructuosos los pasos dados durante veintiséis años, era muy de temer que lo fuesen siempre.

Dios, sin embargo, había resuelto no dilatar más la glorificación de su sierva. En 1740, el mismo año que